

DIARIO DE MURCIA.

Sale todos los días excepto los lunes.—Se suscribe en Murcia, en la librería de Carles Palacios a 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por línea.

PARTE OFICIAL.

Orden de la plaza del 30 de Julio de 1851.

Servicio para mañana, el que está prevenido y por los mismos cuerpos.—Cefe de día, el Teniente Coronel graduado primer Comandante de la Reserva, D. Eusebio Travesa.—Hospital y provisiones, Jaen.—El General, Comandante General: P. Musso.—Es copia: El Secretario interino, José Navarrete.

El Boletín oficial del miércoles 30 de Julio número 92, contiene lo siguiente:

Circular y Real decreto de la creación de la Academia de ciencias exactas, físicas y naturales.

Tres circulares para la captura de los reos prófugos Juan Martínez Alvarez (a) el Fraile, José Antonio y Baltasar Fernandez, y un tal Bernardo vecino de Jumilla.

Subasta del abasto y surtido de nieve de esta capital.

Aviso á los vecinos de esta ca-

FOLLETIN.

GENOVEVA. HISTORIA DE UNA CRIADA.

POR

A. de Lanartine.

(CONTINUACION.)

«¿Está malo Cipriano?—No, me dijeron; le vimos el domingo que trabajaba en la fuente del Prado.—¿Y no vendrá este año al valle?—No lo sabemos, me contestaron.» Me acosté muy triste; no dormí por la noche, si no un momento por la madrugada, y al despertarme sentí sobre mi almohada un sitio mojado; había llorado soñando, sin saber

pital de vencer el plazo para pagar el tercer trimestre de las contribuciones de Subsidio ó Inmuebles, el 5 de Agosto.

Igual anuncio á los Alcaldes de la provincia.

PARTE INDIFERENTE.

El Orden describe del modo siguiente la lucha de fieras verificada en Aranjuez:

—Comenzó la función á las cinco y media de la tarde, que fué la hora que llegó S. M. el rey. La concurrencia no ocupaba ni siquiera la mitad de las localidades de la plaza. S. M. la Reina madre se hallaba en el palco régio desde las cinco aguardando á S. M. el rey. En el palco inmediato estaba la familia de esta augusta señora. El rey ocupó la derecha del palco, la reina madre se sentó á su lado, é inmediato se hallaban el duque de Riansares y la servidumbre de S. M. el rey.

Se dió principio á la función, conforme se había anunciado, con por qué.

XXIV.

Volví pálida y triste de la mira, la niña estaba jugando en la calle con otras de su edad, acababa de guardar mi devocionario, y estaba echada sobre los codos en el mostrador sin pensar en nada. Un montañés, á quien yo no conocía, entró en mi tienda, y me pidió espejos pequeños. Se los di políticamente, me los pagó mas de lo que le había pedido, y salió. Al tomar los cuartos para contarlos, vi que sobran doce piezas; las tomé en la mano, y salí detrás de él. «Señor, le digo, os habeis equivocado, no habeis comprado mas que dos espejos, y me habeis pagado tres; to nad doce piezas de á dos cuartos que sobran, ó

la lucha de un lobo con varios perros. El lobo salió al redondel de la lucha temeroso y asustado, y deseando ganar la altura de la verja de hierro á fuerza de saltos, operación que repitió con desesperados esfuerzos cuando vió entrar en el redondel hasta cuatro perros de presa, que á los pocos momentos le pusieron en un estado lastimoso, y fué preciso retirarle. En la refriega, si es que así puede llamarse, el lobo se sacudía de los perros, pero no los embestia. Verdad es, que en nuestro concepto, por mucha que sea la ferocidad de los animales de su casta, es excesivo el número de perros que se destinó para mantener con él la lucha.

Salió al pátengué la hiena, remisa y entumecida, y aunque al principio trató de esquivar cuanto pudo la lucha con los perros, tuvo por fin que hacer alguna gala de su ferocidad para desasirse de los dientes de sus enemigos, que si mal no recordamos ascendian tambien al número de cuatro. En esta lucha se señaló por lo arrojado y feroz

si no tomad un espejo mas.» El me miró de pies á cabeza con una sonrisa que yo no comprendí, y que me avergonzó, por que creí que se burlaba de mí. «Bueno, niño, me dijo, no se trata de eso; sois una hermosa muchacha, por vida mía, tan honrada como gentil; mi hijo no me ha mentado, no sois capaz de engañar á un niño sin destetar; así me gusta.—Vuestro hijo, le respondí poniéndome colorada hasta el blanco de los ojos, por que la semejanza y el sonido de la voz me hicieron sospechar algo, vuestro hijo, ¿quién és? yo no le conozco.—Vaya, si le conocéis, ¡y si el os conoces! ¿No conocéis á Cipriano, el buen montañés? ¡Pues es mi hijo!—Ah! sois el padre de Cipriano; le repliqué con los ojos bajos y temblando; y no pudo decir mas;

